

UNA HISTORIA CONTEMPORÁNEA A PROPÓSITO DE LAS MUJERES EN LA GUERRA Y EN LA PAZ*¹

Montserrat Huguet

Universidad Carlos III de Madrid



Mujeres pacifistas WILPF



Soldado estadounidense, en Anne Wrigth blog, 29/4/2008

RESUMEN

La historia de la cultura insiste en considerar que dar muerte es cosa de hombres, mientras que las mujeres se ocupan de procrear y proteger la vida. Ellas han cuidado a los niños y a los ancianos, alimentando a su especie y procurando su perpetuación. Así, lo propio del género femenino –siguiendo la tradición discursiva y de la representación cultural de las mujeres– es tomarle la medida a los desastres para luego evaluar con tono firme la dimensión de la destrucción. Siguiendo con este registro, parecería cierto que a las mujeres les ha costado más trabajo que a los hombres dar muerte a otros con violencia. Las asesinas ocasionales -las psicópatas que se han dedicado al crimen cotidiano en ausencia de campos de batalla en los que blandir armas- aparecen como figuras *anormales* porque se alejan, con brutalidad o refinamiento inteligente, de la natural inocencia femenina. En la guerra además las mujeres se cobijaban en la retaguardia, auxiliando a los desvalidos, ocupadas en las viejas tareas asistenciales. Tras las líneas de combate las mujeres caen en los hábitos rutinarios,

*PRE PRINT. Este texto está en proceso de edición para su publicación en el libro: Azcona, J.M. Torregrosa, J.F., Re, M. *Guerra y Paz. La sociedad internacional entre el conflicto y la cooperación*: Madrid, Dykinson/URJC, 2012.

¹ El origen de este texto se encuentra en la conferencia: “*De la retaguardia a la vanguardia de la historia. militares españolas en misiones de paz*”, pronunciada por Montserrat Huguet en las jornadas *Las militares españolas en misiones internacionales. una perspectiva de género*, que se celebraron en la Universidad Autónoma de Madrid, Instituto Universitario de Estudios de la Mujer, Ministerio de Defensa, Instituto Español de Estudios Estratégicos, el 3 de noviembre de 2010, bajo la coordinación de Valentina Fernández Vargas. El texto de la misma puede consultarse en: <http://hdl.handle.net/10016/9577>

se echan una mano, las unas a las otras (siempre que ello no conculque la tarea de protección de la camada), buscan alimento y trapichean con ropa y combustible; incluso, y sin que nadie se lo pida, median en los conflictos para apaciguar los rescoldos de la batalla. Cooperación, solidaridad, diálogo y paz son cuatro términos modernos que se han aplicado a las mujeres afanosas cuando, a propósito de las guerras, desempeñan su acción en la esfera pública. Allí –suponemos- ellas instigan la paz y la justicia, de acuerdo a formas de actuación que provenían de los usos habituales en la esfera privada, esto es en la retaguardia amable del cambio político y social. ¿Será todo cierto? A pesar de que las mujeres han sido *ahistóricas* casi siempre, sabemos que, de una manera u otra, han luchado en las guerras. Lo han hecho de dos formas: la primera y más asumida socialmente, en la retaguardia, ocupándose de tareas asistenciales. La segunda, en el frente. Es aquí donde han encontrado mayores obstáculos, pues la mayor parte de las culturas han otorgado la guerra a los varones. No obstante, y fruto del tesón histórico, las mujeres se fueron incorporando a la tarea de la defensa de las sociedades principalmente en la edad contemporánea. En las siguientes líneas mencionaré algunos aspectos a mi juicio relevantes en este recorrido.

PALABRAS CLAVE:

HISTORIA, INTERNACIONAL, MUJERES, GUERRA, EJÉRCITO, PAZ, PACIFISMO, COOPERACIÓN, EEUU, EUROPA, ESPAÑA, SIGLO XIX, SIGLO XX.

ABSTRACT

Culture history insists on thinking that killing is a men's thing, whereas women are busy with procreating and protecting the life. They have taken care of the children and of the elders, feeding to their species and trying its perpetuation. This way, the feminine way of doing - as the discursive tradition and the cultural representation of women – consist in taking the measure to the disasters and then to evaluate the dimension of the destruction. Continuing with this record, it would seem to be certain that it has been harder to the women that to the men killing violently other people. Murderess occasional women - the psychopaths who have devoted themselves to the daily crime in absence of battlefields where brandishing weapon - show as *abnormal* figures because they move away, with brutality or intelligent refinement, from what is supposed to be the natural feminine innocence. In the war the women were hiding in the rear, helping the helpless ones, occupied in the old welfare tasks. Behind the combat lines women fall down in the routine habits, they help each other (providing that it does not infringe on the protection task of their litter), they look for food and changes clothes and fuel; even, and without nobody asks them for it, they inter happen in the conflicts to pacify the remains of the battle. Cooperation, solidarity, dialog and peace, there are four modern items that have been said to the eager women when, about the wars, they recover their action in the public sphere. There - we suppose - they instigate for peace and justice, in agreement to action forms that were usual in the private sphere, this is to be: in the nice rear of the political and social change. Will it all be true? Thought women have been always *non historical* subjects, we know that, someway, they have fought in the wars. They have done it into two forms: the first one and more assumed by people, in the rear, dealing with welfare tasks. The second one: in the battlefield. It is here where they have found major obstacles, since most of the cultures have granted the war to the males. Nevertheless, and because of their historical tenacity, women were joining to the task of the defense of the societies principally in the modern age. In the following tour I will mention some relevant aspects in my opinion.

KEY WORDS:

HISTORY, INTERNATIONALLY, WOMEN, WAR, ARMIE, PEACE, PACIFISM, COOPERATION, US, EUROPE, SPAIN, 19TH CENTURY, 20TH CENTURY.

Mujeres en la tropa

En la guerra y cuando se les daba la oportunidad las mujeres sacaban la naturaleza peculiar de su resistencia y cualidades militares, mostrando capacidades y destrezas que tiraban por tierra los prejuicios relativos a su inadecuación para el combate por razones físicas y de educación. Sin embargo, el proceso fue lento y no siempre continuo². Al estallar una guerra las mujeres lloraban amargamente, sabedoras de la magnitud de la desgracia en ciernes. Muchas generaciones de ellas acumulaban la dolorosa experiencia de la pérdida y de la destrucción. Ello no significaba que las mujeres no fuesen patriotas, como veremos más adelante. Bien al contrario, la identidad de la Patria ha sido siempre femenina, en términos culturales e iconográficos³. En Francia, a comienzos de la Gran Guerra, el día en que las tropas partían al frente: “(...) Cada fila (de soldados) arrastra a grupos de mujeres en estado de delirio, desmelenadas, que lloran y ríen, y ofrecen su talle y su pecho a los héroes, así como a la patria, que besan los rostros húmedos de los rudos hombres en armas y gritan su odio, que las desfigura, contra el enemigo”⁴

Una vez iniciado el conflicto llegaba la profunda decepción, al comprobar ellas en los campos y hospitales que la guerra solo era una matanza de jóvenes. Ciertas preguntas vulgares comenzaban a aflorar en las conversaciones de mujeres en las cocinas, de modo que la hostilidad entre las naciones se volvía de pronto algo abstracto e incomprensible en términos cotidianos. En qué podía haber contravenido un bosque alemán a un viñedo francés, o un campesino bávaro a un tendero parisino. Los supervivientes desertaban y no por ello les consideraban cobardes sus mujeres⁵. En los hospitales de la retaguardia las mujeres –muchas de ellas señoritas ociosas en la vida civil- tenían que vérselas con sangrías, amputaciones y gritos de dolor. Las voces soeces las envolvían noche y día. Con todo, aprendían a enfrentarse a todo aquel horror poniendo en la tarea su mejor cara. Además, en los acantonamientos, las jovencitas proporcionaban a los soldados ciertos cuidados íntimos impensables en tiempos de paz. Ellos las aclamaban cantando tonadillas en las que se alababan los encantos de una mujer. Las coplas enardecían los cuerpos agotados de los jóvenes soldados.

² Anderson, Bonnie, S. et alii. *Historia de las mujeres: una historia propia* (1988): Barcelona, Crítica, 2009.

³ Véase la imagen de la Marianne francesa, Agulhon, M. y Bonté, P. *Marianne, les visages de la République*, París, Découvertes Galimard, 1992.

⁴ Chevallier, Gabriel. *El miedo* (1930): Madrid, El Acantilado, 2009, pág. 23.

⁵ A propósito del soldado desertor en la Gran Guerra, la obra del húngaro Zilahy, Lajos. *El desertor* (1930).

Pero, ¿Qué pasaba si las mujeres pretendían alzarse? A menos que no fuera imprescindible por falta de varones, a las mujeres no se les invitaba a tomar parte de los procesos históricos de las naciones en armas, ni siquiera en las guerras de resistencia o de emancipación, razón por la cual se les negaba luego el acceso a la vida política. Estas circunstancias se habrían vivido en Europa al hilo de las revoluciones liberales del siglo XIX. En ellas, incluso habiendo tomado parte activa en la lucha nacional o revolucionaria, las mujeres podían ver devaluada su posición en la construcción política. Fue el caso de las mujeres en la Revolución Francesa. También el de las mujeres en los países en vías de liberación, las argelinas por ejemplo, en la independencia de cuyo país, Argelia en los años sesenta, estuvieron no obstante en primer plano de la acción armada⁶. Para las mujeres del siglo XX el riesgo físico, la acción en la guerrilla urbana, no se veía recompensada con el reconocimiento de los derechos civiles una vez alcanzada la autodeterminación nacional: les sucedió a las chicas estadounidenses que lucharon camufladas de soldados en ambos bandos durante la Guerra de Secesión. Lejos de ser así, en muchos de aquellos pueblos que celebraron su descolonización en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, los nuevos estados organizaron estructuras sociales sustentadas en leyes discriminatorias contra las mujeres.

En las dos últimas décadas del siglo XX la situación de las mujeres del mundo por lo que se refiere a los derechos inherentes a la lucha en la construcción de sus naciones, era cuando menos heterogénea⁷. Sin ir más lejos en Europa, las mujeres del extinto bloque comunista vieron diluirse sus expectativas de participar activamente en los procesos de la construcción política de los estados democráticos. En estos disminuyeron o se eliminaron los porcentajes y cuotas de participación pública de las mujeres propios de las democracias populares –participación burocrática ciertamente-, a pesar de que su lucha en las calles, las fábricas o los sindicatos (por ejemplo en el sindicato Solidarnosc, Polonia) había sido tanto o más activa que las de los hombres. La lucha en la calle era violenta y ellas tomaban parte activa con armas improvisadas. Todas estas mujeres de las ciudades de la Europa del Este o

⁶ Helie-Lucas, Marie Aimée. “The Role of Women during the Algerian Liberation Struggle and After: Nationalism as a Concept as a Practice towards Both the Power of the Army and the Militarization of the People”, en Isaksson, Eva. *Women and the Military System*: Harvester, Wheatsheaf, 1988, págs. 171-189.

⁷ Véase un balance en el informe: Naciones Unidas. *Report of the Conference to Review and Appraise the Achievements of the United Nations Decade for Women: Equality, Development and Peace*: Nueva York, 1985.

del Asia soviética podían ser profesionales o tener estudios universitarios y pese a ello estar excluidas de los comités que tomaban las decisiones en el proceso de derribo del sistema comunista. Se les instaba a ceñirse a las funciones asistenciales clásicas del mundo occidental previo a las revoluciones feministas de la primera mitad del siglo XX y, tras varias décadas de contribución material a la edificación de sus Repúblicas -en las granjas, las fábricas y las oficinas-, las mujeres hubieron de aceptar –algunas lo harían sin reparos- que quedarse en el hogar podía ser para ellas una liberación.

La cuestión era especialmente chocante en Rusia, donde destacaron los efectos de la acción militar de las mujeres en pro de la Revolución. En relación con la guerra civil la literatura nos ha brindado magníficos ejemplos que sintetizan el caso de muchas chicas que tomaban las armas y el mando de las tropas. Natasha Alexandrovna –soldado de papel- era una chica campesina y bella aunque un tanto andrógina y muy vigorosa, divorciada y pragmática, pero sobre todo vehemente con su propio protagonismo histórico. Así nos la presenta Joseph Roth⁸, en su relato *Fuga sin fin*, (1927). El retrato nos remite a los carteles publicitarios de la URSS realizados por Rodchenko. Pero el protagonista de esta historia no es ella sino Tunda, que nos presenta a Natasha. Él es un burgués austriaco, oficial del ejército que, desorientado por una guerra cuyos daños no comprende, vaga por Europa, de escena bélica en escena, y que no siendo ni mucho menos un revolucionario bolchevique, asume no obstante dicha condición para no ser degollado por las tropas del ejército rojo a las que pertenece Natasha. Huyendo de la guerra, Tunda atraviesa la Rusia europea y llega, en tren, a caballo y a pie, a Ucrania, a Natasha. Este hombre siente repulsión por el combate, se oculta de la guerra que asola Europa, pero salva la vida incorporándose a las filas revolucionarias. Con el destino no se discute. La imponente Natascha le subyuga porque guarda una innegable identidad *epocal*, hecha de guerra y heroísmo. La apariencia *revolucionaria* de Tunda es en cambio débil, reforzada si acaso por su unión a Natasha, mucho más soldado que él. Sobre la joven leemos:

“No quería saber nada de su belleza, se rebelaba contra sí misma y consideraba su feminidad como una regresión a la visión burguesa del mundo, y a todo el género femenino como un residuo absurdo de un mundo caduco y agonizante. Ella era más valiente que todo el grupo de hombres con quienes luchaba. No sabía que el valor es virtud de mujeres

⁸ Roth, Joseph. *Fuga sin fin*, (1927): Barcelona, Acantilado, 2009.

y el miedo la cordura de los hombres. Tampoco sabía que los hombres son pudorosos y sienten vergüenza de mostrar su corazón. No se había unido a ninguno de ellos, ni había sentido amor alguno, porque en el fondo era más burguesa de lo que podía confesarse a sí misma”

Por ello, *“Natascha Alexandrovna se enamoró de Tunda conforme a las reglas, (...) en un mundo caduco que tampoco admitía. Por eso decía: “Me liberaré de ti”, sin darse cuenta de que estaba mintiendo.*⁹

Roth nos introduce en la confusión íntima de las primeras mujeres soldado de nuestro tiempo, que se debatían entre una identidad transmitida durante generaciones en el hogar y el sentido moderno del deber patriótico. Natasha se entrega a sus rutinas con ardor guerrero. No discrimina entre sus relaciones íntimas y públicas, alimentando en el observador una imagen responsable a tiempo completo:

*“Natascha elevaba el amor casi a la categoría de un deber revolucionario, y por eso tenía siempre la consciencia limpia. Tunda se había imaginado siempre así a las mujeres soldado. Aquella mujer era como si hubiese surgido de un libro, y él se asió a su tangible existencia literaria con la admiración y la sumisa fidelidad de un hombre que, siguiendo falsas tradiciones, ve en una mujer de carácter la excepción y no la regla. (...) amaba a Natascha, y amaba la revolución”*¹⁰.

Pero en la paz la vida cambia. La mujer-soldado se adapta mejor que el antiguo oficial austrohúngaro a la vida civil, haciendo uso de la misma actitud cabal con que había ido a la guerra. En la paz, los métodos militares le son útiles y Natasha dirige un hospital, manteniendo en él con sus colegas los vínculos del compañerismo aprendidos en el ejército. Ahora Tunda es más que nunca para ella un camarada, del que espera comparta su implicación en la edificación del comunismo. Pero para Tunda, el burgués romántico, sin el combate como trasfondo Natasha ha perdido el halo de heroína guerrera. Se queja pues del formalismo *militar* que la chica imprime a todos sus hábitos, incluso en sus relaciones personales:

“Natascha vivía en un hotel requisado. A partir de las seis de la tarde se dedicaba al amor, naturalmente al amor carnal, al amor categóricamente irreprochable e higiénico del que el corazón, que pertenece a lo universal, quedaba excluido. Desde el punto de vista de la igualdad de la mujer no había nada que objetar, el compañerismo era sagrado para ella. Aunque Tunda ya no le interesa como hombre, no por eso tenía que despreciarlo, era

⁹ Roth, Joseph. *Fuga sin fin...* págs. 22-24.

¹⁰ Roth, Joseph. *Fuga sin fin...* : págs. 25.

un camarada casi de la misma categoría. ¡Con qué entusiasmo se preocupaba por ayudarlo!, (...)

Hasta el abandono del uniforme militar por la bata le incomoda a Tunda:

“Llevaba una bata azul que le daba aspecto de enfermera, de vigilante o cobradora, pero en forma alguna de amante, y mucho menos de soldado de la revolución. Aunque aún necesitaba del amor que tanto la había devastado, emanaba de ella una cierta castidad, un tipo incomprensible de castidad seca que es propio tanto de las muchachas abandonadas como de las mujeres que ejercitan el amor por principio y de forma razonada. (Ella) luchaba por la igualdad sexual, y se encontraba igual que si estuviera en un puente de mando o en una tribuna¹¹.

Como Tunda le recrimine a Natascha que ya no sabe vivir sin la guerra, ella protesta quejosa por lo que entiende es en él un estereotipo burgués sobre las mujeres, a lo que él replica: “(...) *Eres pobre, Natascha. No puedes vivir sin la guerra. Eres bella en las noches de fuego.* Natasha entonces pone al oficial austrohúngaro en su lugar: “*Nunca te librarás de tus ideas burguesas –decía Natascha-, ¡mira la imagen que tienes de una mujer! ¡En las noches de fuego! ¡Qué romántico! Yo soy un ser humano como tú, causalmente de otro sexo. Es mucho más importante dirigir un hospital que amar en noches de fuego (...)*”¹²

La historia de las mujeres y de su presencia en los ejércitos contemporáneos es hoy una materia central de las investigaciones. Con respecto a su participación en el servicio militar y el combate, las autoridades de los países occidentales fueron resistentes aún en la primera mitad del siglo XX a permitir la incorporación de las mujeres a él¹³. Muchos son no obstante las excepciones bien documentados, por ejemplo la de las mujeres en las fuerzas armadas británicas en la primera mitad del XX.¹⁴ Pero en general en aquel tiempo las mujeres se ocupaban todavía de servicios de inteligencia y auxiliares, de la enfermería, del transporte, incluso del aéreo. Los mandos les limitaban en la acción del combate, y las constricciones a su actuación se establecían incluso si se percibía que no existían causas objetivas para ello. Se consideraba que la resistencia y eficacia de un ejército radicaba en la continuidad, la tradición y mecanización de sus hábitos y se interpretaba que al incorporarse las mujeres a él, se ponía en peligro la cohesión de las tropas. La inercia de los

¹¹ Roth, Joseph. *Fuga sin fin...* págs.38-39.

¹² Roth, Joseph. *Fuga sin fin...* pág. 40.

¹³ Higonnet, Rondolph, et alii (eds). *Behind the lines, gender and the two world wars*: New Haven, 1987.

¹⁴ Noakes, L. *Women in British Army: War and Gentle Sex, 1907–1948*: Milton Park & New York, Routledge, 2006.

modos tradicionales de hacer en el ejército ha sido a la vez un punto fuerte y un potente hándicap.

Puesto que en la instrucción militar parte de la eficacia de la tropa radica en el aprendizaje de unos hábitos que han de ser repetidos con la precisión de una máquina de relojería, la tradición sostenía que las mujeres no eran apropiadas. Ellas eran débiles e inconstantes para sostener el esfuerzo continuado en tareas duras y repetitivas. Ahora bien, pensemos en las mujeres que durante siglos han trabajado en silencio, primero en los campos y luego en las fábricas de sol a sol, sin abandonar su puesto o levantar siquiera la barbilla, y sometidas a los ritmos del trabajo que marcaba la voz del capataz. Thomas Hardy, el novelista inglés de finales del siglo XIX, describía el agotamiento físico y la brutalidad de la tarea desempeñada por unas jovencísimas trabajadoras en las granjas inglesas, jornaleras embrutecidas, atadas al remo del laboreo¹⁵, como soldados de tropa. Cualquier comparación a propósito de cómo afrontan las cargas físicas los hombres y las mujeres resulta necesariamente atávica en nuestro tiempo, pleno de tecnología y de recursos y normativas igualadoras. Puede ser no obstante adecuada para tiempos pasados, bajo el lastre de erróneos presupuestos socialmente admitidos a propósito de la minusvalía física consustancial a las mujeres.

La clave de tanto énfasis en dicha fragilidad podría radicar en la alarma que producían las mujeres que luchaban o dirigían tropas, en relación a la supuesta *feminización* de la actividad militar. En consecuencia, en las sociedades occidentales ha sido más cómodo repartir los esfuerzos nacionales en función del sexo de las personas. Los márgenes de la incorporación de las mujeres a las milicias y al combate debían establecerse en la naturaleza -psicológica y emocional- de las mujeres; la ausencia de frialdad anímica de ellas a la hora de encarar las crisis –se decía- quedaba compensada por un temple sufrido ante el dolor de los heridos y sus buenas artes en la organización de las comunidades en tiempos de paz. Finalmente, ningún ejército se atrevía a poner mujeres en el frente, deduciendo que con ello proporcionaban ventaja al enemigo.

El caso más cercano y conocido por los españoles en materia de guerras es por supuesto la Guerra Civil. No está de más recordar algunos aspectos relacionados con las

¹⁵ Ver por ejemplo: Hardy, Thomas. (1891). *Tess, la de los Urberville*: Madrid, Alianza, 1999.

mujeres. En 1936 las republicanas, en plena revolución¹⁶ social y alentadas por un discurso igualitario, se animaron a presentarse voluntarias al combate, en batallones y milicias. Un Decreto de octubre de 1936 reorganizó sin embargo las Milicias Populares llamando a las mujeres a desempeñar tareas de auxilio, lejos del frente, en las “*Brigadas de trabajo*”, también llamadas “*Trincheras de producción*”. Pese a tener prohibido el combate, algunas mujeres no aceptaron que se las apartara del frente. Rosario Sánchez Mora (la Dinamitera¹⁷) o Aida Lafuente (conocida como La Libertaria, Niní o Nina) perduraron en la memoria de la acción bélica porque eran chicas singulares, pero también porque afrontaron los mismos riesgos que los hombres¹⁸. Como en todas las guerras contemporáneas a las jóvenes españolas se les pedía que ejercieran de “*madrinas de guerra*”¹⁹, que hicieran “*paquetes para los prisioneros*” o participasen en la confección del “*socorro de invierno*”²⁰ (Institución fundada en octubre de 1936 por Mercedes Sanz Bachiller, joven viuda del jefe falangista Onésimo Redondo, según el modelo nazi de auxilio social, *Winterhilfe*, 1933), en resumen: que escribieran cartas a soldados desconocidos, o incluso les lavaran la ropa en la retaguardia del frente²¹. Y cómo iban ellas a negarse: ¿no era esto lo que mejor sabían hacer? El origen de las madrinas de guerra estuvo en la Primera Guerra Mundial en la que La Guerra de Trincheras acababa, además de con la vida, con los nervios de los soldados. Así, y a fin de aliviar la diagnosticada depresión de las trincheras, las llamadas madrinas de guerra les enviaban cartas. La espera

¹⁶ Cruz, R. *En el nombre del pueblo: República, rebelión y guerra en la España de 1936*: Madrid, S. XXI. 2006.

¹⁷ Cuya figura Miguel Hernández poema en *Viento del Pueblo* (1937): (...) *Rosario, dinamitera, puedes ser varón y eres la nata de las mujeres, la espuma de la trinchera. Digna como una bandera, de triunfos y resplandores* (...). En el mito popular: Rosario, de 18 años, que pierde la mano derecha en la trinchera (Buitrago, Madrid) preparando bombas, a pesar de lo cual se mantiene en el frente aduciendo que le queda la izquierda para seguir realizando su trabajo.

¹⁸ Valcárcel, Isabel: *Mujeres de armas tomar*: Madrid, Algaba, 2005. Bunk, Brian D. *Ghosts of passion: martyrdom, gender, and the origins of the Spanish Civil War*: Duke, University Press, 2007, págs. 120-150.

¹⁹ Ramón, Manuel de. et alii. *Madrina de guerra: cartas desde el frente*: Barcelona, La esfera de los libros, 2003.

²⁰ Alejandro, José Antonio, et alii: *El régimen franquista: dos estudios sobre su soporte jurídico*: Madrid, Dykinson, 2008. Págs. 154-167

²¹ Huguet, Montserrat. *Historias rebeldes de mujeres burguesas*: Madrid, Biblioteca Nueva, 2010. págs. 108-113.

de las misivas era en cierto modo alentadora. La correspondencia entre desconocidos guardaba un tono amistoso, fraternal, maternal y hasta amoroso. En los paquetes cabían además de palabras amables, ropa o pequeños regalos que elevaban la moral de los jóvenes. Ellos correspondían las atenciones de las chicas con sus menudas artesanías de trinchera. En España, las guerras de Marruecos en la segunda década del siglo XX, tuvieron también sus madrinas de guerra²². En la Guerra Civil se retomó el hábito, especialmente en el bando sublevado (las chicas de Falange solían desarrollar esta labor asistencial), surgiendo de él no pocos noviazgos y matrimonios. Los republicanos preferían no fomentar esta figura por temor a una correspondencia con la retaguardia incontrolable por la censura militar. Sin embargo, a partir de 1938 las madrinas penetraron también en el frente republicano. Más que establecer correspondencia con los soldados, estas chicas solían acercárseles para llevarles guisos o lavarles la ropa. La posguerra de los españoles, la paz impuesta tras la guerra, fue especialmente difícil para las mujeres²³. La miseria cotidiana y las estrecheces del nacionalcatolicismo impuesto²⁴ eran la sombra visible de una guerra soterrada y cotidiana, que no por oculta dejaba de ser hiriente, y en la que las combatientes derrotadas sufrieron como los hombres privación de libertad²⁵ y muerte.

Volviendo al plano general, en la segunda mitad del siglo XX, y aún concediendo el beneficio de la duda a quienes apuntaban a la inferioridad física de las mujeres con respecto a los varones para justificar su ausencia en los ejércitos, incluso cuando las tecnologías de la guerra arrinconaban la mera fuerza física en el combate, las resistencias al cambio de mentalidad se hacían inexplicables. Fue en la década de los años ochenta cuando comenzaron a incorporarse las mujeres a las fuerzas armadas en los países industrializados. La situación era realmente distinta a la de etapas históricas previas. Es cierto que las mujeres habían tenido responsabilidades militares en ciertos procesos, pero el cambio efectivo se produjo al comenzar a participar ellas en las acciones de combate de las guerras

²² Referidas por Miguel Mihura en 1922, en una comedia en dos actos titulada *La madrina de guerra*.

²³ De la Fuente, I. *Mujeres de la posguerra. De Carmen Laforet a Rosa Chacel: historia de una generación*: Barcelona, Planeta, 2002.

²⁴ Di Febo, Giuliana. “Nuevo Estado, Nacionalcatolicismo y género” en Nielfa, Gloria (Ed): *Mujeres y hombres en la España franquista: sociedad, economía, política, cultura*: Madrid, Ediciones de la Universidad Complutense, 2003, págs.19–45.

²⁵ Cuevas, Tomasa. *Carcel de mujeres (1939-1945)*: Barcelona, Sirocco, 1985.

modernas. De este modo, citando algunos ejemplos, en la Alemania Federal las mujeres se incorporaron al ejército en 1975 aunque en puestos en los que no se hacía uso de las armas. Hacia 1980, las mujeres podían ocupar puestos en las unidades de combate en Gran Bretaña, Bélgica, Cuba, Suecia, Israel, Holanda y Noruega. No les era permitido en España, Francia, Canadá, Dinamarca, Turquía y los EEUU. En Italia, las mujeres quedaban aún fuera de las Fuerzas Armadas²⁶. La nueva tecnología de la guerra sí permitía en cambio que las chicas ocupasen posiciones en el lanzamiento de misiles, labor para la que no era necesaria una fuerza física sobresaliente.

Pero el auténtico paso adelante se produjo a raíz de la Guerra del Golfo, cuando las estadounidenses, soldados profesionales, comenzaron a dejar a sus niños en casa al cuidado de sus propias madres –puede que incluso a cargo de los padres- mientras ellas iban a *trabajar* en la guerra²⁷. Un efecto diferido de esta presencia femenina en las acciones de combate fue la proyección planetariamente extendida de su imagen. Mujeres sepultadas bajo una enorme impedimenta, conduciendo vehículos pesados, mujeres sucias e incluso mutiladas... sus cuerpos en ataúdes bajo la bandera de su país almacenados en los hangares y dispuestos para regresar a casa. Las televisiones magnificaban la dimensión cultural de las tropas mixtas, también en los hogares por ejemplo de Arabia Saudí, donde estaban destinadas las soldados, poniendo en solfa modelos locales de organización social, inamovibles hasta la fecha.

La evolución de las mujeres estadounidenses en este terreno fue lenta pero constante. También una de las más estudiadas. Vestir uniforme no había sido complicado, especialmente en un país en el, del tipo que sean, gozan de un halo de distinción social. Las chicas que prestaban servicios en el ejército vestían ya uniforme en las guerras mundiales. Pero una cosa era ir uniformado y otra bien distinta tomar parte activa en la lucha armada. Con todo, en la Guerra de Corea participaron 120.000 mujeres estadounidenses, solo 7.000 en la de Vietnam. En la primera Guerra del Golfo uno de cada diez soldados era ya mujer, y a mediados de la década pasada una de cada seis. Durante el mandato de Bill Clinton, en

²⁶ *Boletín de Información CESEDEN*, nº 136, mayo 1980.

²⁷ Ybal-Davis, Nora. "The Gendered Gulf War: Women's Citizenship and Modern Warfare", en Bresheeth, Haim y Yuval-Davis, Nora (eds). *The Gulf War and the New World Order*: London, Zed Books, 1991, págs. 219-225.

los noventa, una orden presidencial autorizaba a las mujeres militares estadounidenses a tomar parte en determinadas acciones de combate, abriéndoseles definitivamente un espacio hasta entonces vedado.

En Europa, la integración de los países en la Unión Europea supuso un descalabro para las políticas dispares y restrictivas de los países por lo que hace a la incorporación de las mujeres en los ejércitos y puestos de combate. Desde los años noventa, las demandas particulares llegaban a la Corte europea, Tribunal de Luxemburgo, que, salvo excepciones, fallaban en favor de las mujeres que solicitaban su integración en los diversos puestos, en adecuación a la normativa de la Unión Europea, y mostrando con ello la irreversibilidad de la senda antidiscriminatoria. El propio acercamiento de las fuerzas armadas a las sociedades europeas fin de siglo ponía en evidencia la caducidad de los viejos modelos, fundamentados en la ausencia de imbricación de los ejércitos con las ciudadanías, la pérdida de peso del modelo del soldado viril y aguerrido que demostraba su hombría fundamentalmente en la lucha cuerpo a cuerpo. Al diversificarse las funciones que las sociedades daban a sus los ejércitos, las antiguas restricciones y prejuicios quedaban obsoletos. Paralelamente, las mujeres que aspiraban a entrar en puestos de combate tomaban conciencia de que por su parte debían reforzar aquellos aspectos que las volvían frágiles para los ejércitos, en especial sus capacidades físicas. El derecho a ocupar los puestos de élite en el combate deberían ganárselo al igual que hacían los hombres, concurriendo a pruebas psicofísicas contrastadas.

En el deseo de los Estados occidentales por normalizar la presencia de las mujeres en los ejércitos, no todo fue un ejercicio de razón y justicia. Obró también en sentido positivo la disminución en ellos de soldados varones, por el general descenso de la natalidad tras el final del *baby boom*, la conclusión del servicio militar obligatorio y la profesionalización del ejército. A comienzos del siglo XXI, también en España, la carencia de personal era acuciante, de modo que ya no se trataba solo de atraer a las mujeres sino de procurar mantenerlas en el ejército mediante la propuesta de una carrera profesional, desarrollada en las dos últimas décadas²⁸. A tal fin, en los países europeos se hicieron

²⁸ Una compilación histórica muy completa. Cotino, Lorenzo. *El modelo constitucional de Fuerzas Armadas*: Madrid, Instituto Nacional de Administración Pública, 2002. Para su situación reciente: Exposito, J.L.. *Mujer en las Fas*: Revista Española de Defensa, abril, 2007. Y por lo que respecta a su participación en las Misiones

campañas publicitarias y se regularon aspectos especialmente preocupantes para las mujeres, como la adecuación de algunas pruebas físicas, el libre ejercicio de la maternidad de las soldados e incluso las condiciones de sus destinos siendo madres. La total disponibilidad de las soldados en sus destinos, su movilidad pues, chocaba con derechos básicos de las mujeres habidos por su condición de madres, ya recogidos por la legislación europea en los años setenta, y con los derechos del bebé en gestación o recién nacido. La jurisprudencia europea protegía a las mujeres militares madres –como a cualquier mujer trabajadora- contra el despido, pese a lo cual la cuestión de los destinos de las embarazadas y madres supondría en los años noventa una larga lista de demandas y juicios en todos los países. Dificultades aparte, lo cierto es que la figura de la *madre militar* ha sido juzgada favorablemente por las sociedades cuyas legislaciones la protegen e impulsan. Las soluciones no se harían esperar: guarderías o centros de atención a la primera infancia en los acuartelamientos por ejemplo, como ya existían en hospitales e instituciones administrativas varias.

Pero si a finales del siglo pasado en occidente no había por qué fijarse siquiera en que el ejército de un país estuviera integrado por mujeres también –tal ha sido la normalización del fenómeno en las dos últimas décadas-, sin embargo, sí merecía la pena tomar en consideración que las guerras modernas devastaban (asesinatos en masa, violaciones, migraciones forzosas) no a los ejércitos enemigos sino a las poblaciones civiles con singular fiereza, y que estas se componían principalmente por mujeres y niños: sus principales víctimas. Otros elementos a considerar son más sutiles y delicados. Por ejemplo, el hecho de que en ciertos países en los que las mujeres formaban parte de las fuerzas armadas en condiciones modernas –véase Pakistán- las sociedades civiles en cambio despreciaban la vida de sus mujeres. Tampoco podía olvidarse el elevado número de denuncias por acoso sexual en los ejércitos del mundo en los que hombres y mujeres conviven en aparente igualdad de obligaciones y derechos, sin ir más lejos el ejército estadounidense, el más veterano de los occidentales en incluir a las mujeres en todos los puestos. Por otra parte, los especialistas en los estudios sobre los efectos de las guerras mostraban que su onda expansiva se alargaba en el futuro. Los soldados veteranos,

de Paz., Documento del Seminario Hispano-Holandés. *Mujer y Fuerzas Armadas. Misiones Internacionales*: Madrid, Ceseden, 2009.

habiendo convivido muy a su pesar con altas dosis de violencia, tenían serias dificultades para apartarla de su vida en paz, maltratando algunos a sus mujeres e hijos. ¿Les sucedía esto mismo a las mujeres militares que regresaban a casa? ¿Tenían por ejemplo las mujeres soldado del ejército estadounidense tras el Golfo o las israelíes el índice de fracaso social y personal de sus compañeros varones al reintegrarse en la vida civil? Los estudios al respecto son aún débiles y en absoluto concluyentes.

Movimientos pacifistas de mujeres: génesis y evolución contemporánea.

Conviene –leemos- que las mujeres se integren en los ejércitos del mundo a fin de prevenir la guerra y favorecer la paz. La carga de esta creencia es de fondo, tanto que merece la pena desmenuzar la premisa que la sostiene. A lo largo de la historia contemporánea las mujeres occidentales han estado seriamente comprometidas con movimientos en pro de la paz, es cierto. En los inicios del siglo XX el argumento esencial para asignarles la responsabilidad era la condición de madres de las mujeres, habida cuenta de que esta era su función social más extendida y el elemento clave de la identidad que se les confería. Mujeres pacifistas como Olive Schreiner -Sudáfrica, 1911- recurrían a la brillante imagen de la deshumanización de todos los hijos, convertidos por las guerras en simple abono de carne humana –músculos y huesos sin vida- para el campo. Las mujeres, en definitiva, observaban el mundo desde una perspectiva distinta a los hombres.

Mujeres sudafricanas del siglo XX, pero también norirlandesas, argentinas y salvadoreñas, yugoslavas, israelíes o palestinas, han mostrado su peculiar lucha por la paz narrando sus particulares experiencias, en la idea de que, cuando la abstracción adelgaza la dimensión real de la historia igualándola a la ficción, es necesario enseñar los casos particulares para tomar contacto con la realidad. El discurso de las mujeres sobre su resistencia a la guerra no ha sido escrito por lo general y se ha transmitido de manera fluida a lo largo de generaciones²⁹. La mayoría de ellas ha luchado contra la violencia blandiendo el arma de la maternidad, a juicio de activistas e investigadores³⁰. Si el desempeño tradicional de las mujeres es –antes que cualquier otro sugerido por la cultura

²⁹ McAllister, Pam. *The River of Courage: Generations of Women's Resistance and Action*. Philadelphia, New Society Press, 1991.

³⁰ En el origen de esta tesis, Ruddick, Sara. *Maternal Thinking: Towards a Politics of Peace*. Nueva York, Ballantine Books, 1989.

predominante- la supervivencia de sus hijos, nada menos adecuado a ello que la guerra. A tal fin, las mujeres se ocuparían de minimizar los riesgos y allanar el campo por el que han de pisar.

A esta actitud *maternal* de muchas mujeres, se añadiría la creencia de que ellas han interpretado el mundo como una red compleja formada por hilos en cuyos puntos de contacto se sitúan las personas que les importan. Una mirada alrededor les permitiría ver la ubicación de sus seres queridos y la posición de estos con respecto a la totalidad (La importancia para las mujeres de lo particular frente a lo general constituye parte del tópico a propósito de su mirada del mundo) Desde esta perspectiva, que la trama social fuese firme les resultaría a las mujeres esencial para la seguridad de su entorno inmediato. Por el contrario la postura masculina, históricamente constatada al parecer, tendería a mirar la red como un entramado cuyas claves domina, desde fuera y en términos de orden universal, y para cuyo control conviene organizar guerras. Para las mujeres la propensión a la no violencia podría haberse elevado hasta el terreno de la actuación, ya no para preservar a los hijos sino al grupo de referencia, enfrentándose a los gobiernos que a su juicio desestabilizan el orden y la seguridad.

Habituadas por lo demás, a ser ellas mismas víctimas, las mujeres se alejarían de los roles agresores en la esfera pública, adoptando el de la protección la vida en su conjunto. Este sería un razonamiento, muy cuestionable ciertamente entre muchas feministas de occidente, pero ampliamente admitido a propósito del ejercicio de la historia de la no-violencia de las mujeres en el mundo³¹. Algunos ejemplos históricos, como el de las Madres de la Plaza de Mayo en Argentina (1977), respaldaban la tesis de que estas mujeres no actuaban en calidad de activistas políticas, bajo ideologías o enseñanzas, sino de madres, al reclamar al Estado el conocimiento de la suerte sufrida por los hijos desaparecidos. La asimetría del enfrentamiento era el mejor escudo de las madres contra la agresión o la indiferencia del poder. La crítica al uso de la maternidad como instrumento de reclamo de la justicia y la paz mostraría las múltiples aristas del enfoque, por ejemplo la de que las mujeres obviasen la responsabilidad de los varones en el reclamo a la protección de unos hijos que además de madre tenían padre.

³¹ Ver por ejemplo esta mirada en una interpretación de la etapa álgida del movimiento de la no violencia: Gillian, Carol. *In a Different Voice*: Cambridge, Harvard University Press, 1983.

Es imprescindible no obstante considerar que la pretendida compasión de las mujeres tuvo y tiene un fuerte componente de coraje que la aleja de cualquier disposición pasiva y resignada que se les suponga. De hecho, ha sido la suma de ambas cualidades: el humanitarismo y el enojo, la que han conjurado históricamente la impotencia de las mujeres ante los desmanes de la guerra. Y ello porque en realidad los cambios en la historia se sustentan en dos premisas aparentemente contrapuestas, la resistencia y el coraje, alimentándose este no tanto de hostilidad sino de fuertes dosis de empatía y clemencia. En la Europa rural preindustrial, y quizá para evitar las frecuentes escaramuzas entre varones de distintas localidades, las chicas de los pueblos solían matrimoniar con los chicos de las aldeas vecinas, convirtiéndose en agentes hábiles en la resolución de conflictos entre pueblos. Lamentablemente este mecanismo de contención no era del todo eficiente, si bien enseñaba que las sociedades abiertas y mestizas las que mejor se protegen contra la guerra.

Los datos relativos a las sociedades contemporáneas del siglo XX avalan la idea de que, al menos en Occidente y algunas de ellas con el voto ya en el bolso, las mujeres eran reacias a apoyar las políticas militaristas, favoreciendo por el contrario propuestas de paz (que blindan la vida humana), y las relacionadas con roles femeninos más tradicionales, los asistenciales, a los que nunca han renunciado. Trazando nexos entre ellos, los movimientos occidentales de mujeres en pro de la paz y la no violencia tiene orígenes no del todo consensuados, si bien hay acuerdo en señalar que durante la primera mitad del siglo XIX varios propagaban la no aceptación de la violencia que suponía la esclavitud, véase la *Philadelphia Female Anti-Slavery Society* (1833). Encontramos asociaciones pacifistas en Estados Unidos hacia 1815, vinculados a las iglesias protestantes (anabaptistas, quaqueros...) y difusoras del principio bíblico del Sermón de la Montaña a propósito de la no resistencia a la violencia: *The New York Peace Society* y *The Massachussets Peace Society*. El problema a propósito de las mujeres en los movimientos descansaba en la consideración no política de sus actividades públicas³², muchas de las cuales se llevaban a cabo en las comunidades o iglesias. Las actividades de las mujeres en las iglesias evangélicas eran intensas siendo sus propuestas consideradas no obstante ajenas al modo en que los varones concebían la acción política. Los métodos desarrollados por estos grupos de

³² Escrito por el autoproclamado filántropo, Ladd, William. *On the Duty of Females to promote the Cause of Peace* (1836).

mujeres en favor de la paz y la no violencia guardaban ciertas semejanzas con los hábitos religiosos³³. La plegaria, la resistencia, la renuncia y la perpetua reconciliación eran estrategias cotidianas. En relación con las guerras del siglo XIX el pacifismo femenino se vincula con la teología, y produce auténticas *cruzadas* en pro de la paz, al hilo de la Guerra de Crimea o de las guerras europeas en la segunda mitad del siglo. Pero claro, estos gestos no eran políticos en el sentido contemporáneo y liberal, y no lo eran en parte porque procedían de organizaciones carentes de jerarquía interna o eran fruto de la cooperación y el consenso anónimo. Las mujeres organizaban la economía doméstica y de supervivencia y además en sus proclamas y rezos solicitaban la igualdad civil de las personas (que ya lo eran ante Dios), con independencia de su raza, sexo o condición social³⁴. Toda esta actividad se llevaba a cabo sin grandes recursos publicitarios³⁵.

En otros lugares las mujeres no solo se oponían a la guerra sino que también resistían la invasión de sus países, jugando en ello un papel fundamental. Esto no era novedad. Entre 1911 y 1914 –levantamientos de Giriama- Me Katilili, una mujer keniana de setenta años con amplias dotes de mando y poder de convicción, había organizado a su gente contra la violencia cotidiana de la acción colonizadora de los británicos. Como puede imaginarse, Me Katilili fue encarcelada. Ya en estos años previos a la I Guerra Mundial³⁶, las mujeres de Europa se organizaban para evitar la guerra. En julio de 1914 en Reino Unido, la *International Women Suffrage Alliance* pidió la paz al Ministro de Exteriores, en nombre de 12 millones de mujeres de 26 países. Además de blandir el argumento de la razón y el del sentido común, las mujeres se habían plantado ante los parlamentos de Europa para llamar la atención de los políticos sobre tantas otras mujeres que habían perdido a sus vástagos en el campo de batalla. A las mujeres que protestaban en la calle se las tachaba de antinaturales, pero lo antinatural era que las mujeres quedaran huérfanas de hijos. El tejido social quedaba roto por la guerra, de modo que, siendo rehenes de su condición de protectoras de la red las pacifistas no solo protestaron contra la guerra desatada en Europa sino que

³³ La escritora Charlotte Perkins Gilman abordaba este asunto en *His religion and Hers: A Study in the Faith of Our Fathers and the work of our Mothers* (1923).

³⁴ Ver Huguet, Montserrat. “Peticionarias estadounidenses: “habitantes femeninos de la comunidad ciudadana de la nación”, en Cruzado, Ángeles et alii. (Eds). *Las revolucionarias. Literatura e insumisión femenina*, Sevilla, Arcibel, 2009, págs.343-357.

³⁵ También Charlotte Perkins Gilman fue pionera en el análisis de la estructura social de su tiempo en clave de género: *The man made the world: Or, our androcentric cultura* (1911).

³⁶ Thébaud, F. *Le femme au temps de la guerre du 14*: Paris, Stock, 1986.

desplegaron también todo un ideario de paz que -esperaban ellas- habría de terminar definitivamente con el lastre histórico de la destrucción generalizada.

Pero una vez en marcha el conflicto, las mujeres sufragistas fragmentaron su opinión. Algunas simpatizaban con el esfuerzo de guerra de los gobiernos nacionales, mientras otras persistieron en la demanda del cese de hostilidades. Los macabros efectos de la guerra se dejaban sentir en Europa, cuando en la Haya, abril de 1915, un grupo internacional de mujeres celebró un Congreso Internacional, bajo la presidencia de Jane Addams, que congregaría a miles de ellas en una petición común: solicitar a los gobiernos de Europa y de los Estados Unidos que detuvieran la guerra. Aunque el objetivo estuvo lejos de conseguirse, al menos, el Congreso de la Haya plantó las bases del futuro movimiento de mujeres en pro de la paz, dando a luz el *Women's International League for Peace and Freedom*, que añadía al objetivo de la paz el de la libertad, vinculándolo al ya por entonces popular principio de libre determinación de los pueblos. En 1917, la actividad del movimiento por la paz fraguó la *Women's Peace Crusade*. Pero, y pese a los estragos evidentes que la guerra estaba causando en las poblaciones, la opinión pública maltrataba a estas mujeres considerando que su insistencia en detener la guerra era antipatriótica. Así lamentablemente la guerra del Catorce finalizó por obra del desgaste y la destrucción de los recursos de las partes y no por efecto de los movimientos pacifistas.

En la década siguiente las mujeres se propusieron una línea de trabajo ambiciosa: sofocar cualquier conato de un nuevo estallido. En plena reconstrucción de Europa, en 1923 en Estados Unidos, Jesse Wallace Hughan, Tracy Mygatt, y Frances Witherspoon crearon la *War Resisters League*, organización muy activa durante todo el siglo, especialmente en los años setenta y ochenta³⁷. Vano esfuerzo pues el país se apartaba de cualquier designio internacional que pudiera poner en peligro el enorme crecimiento interno de la riqueza. Con todo, las activistas americanas siguieron durante décadas en la brecha³⁸. Jeanette Rankin – congresista- votó en contra de la participación de los Estados Unidos en ambas guerras mundiales. Era solo un gesto, pero un gesto lleno de carga representativa, ya que muchísimas mujeres asociadas en los movimientos por la paz se volcaron en campañas pre

³⁷ War Resisters League. *Daring to Change. Perspectives on Feminism and Nonviolence*: Nueva York, 1985.

³⁸ Foster, Carrie. *The women and the warriors: The US Section of the Women's International League for Peace and Freedom*: 1996.

y posbélicas del siglo XX para romper la mentalidad social de guerra imperante. En los sesenta, los movimientos evolucionaron hacia la protesta por la carrera armamentística (*Women's Strike for Peace*).

Entre las dos guerras mundiales, la actuación y escritos (*Women and the sovereign state*, 1917, *Sex and common-sense*, 1922) de la predicadora Maude Royden proponían algo realmente sencillo: que las cosas se hicieran bien de una vez por todas, y que la incompetencia de la política diese paso al sentido común, garantizándose con ello el fin de las guerras. Predicaba Maude la existencia de un conjunto de valores *femeninos* que hacían del mundo un lugar mejor, incluso para quienes, como era su caso, no gozaban de los privilegios de la salud (ella era discapacitada), el matrimonio o la familia. Fue vicepresidenta del *Comité internacional de las mujeres por la paz permanente* (1915) que evolucionó hacia la *Liga internacional de las mujeres por la paz y la libertad* (1919)³⁹. Con respecto al cambio en el nombre de la organización, no es baladí el uso del término “liga” en lugar de “comité”. La Liga incorporaba el convenio y el pacto, conceptos desdibujados aún en la estructura del Comité. Pero es que además, en el segundo de los enunciados se borra el término “permanente”, como si se diera por perdida la confianza en tal posibilidad, y se incluye en cambio el de la “libertad”, aludiendo con él a la toma de conciencia y defensa por parte de las mujeres de un derecho inherente a las personas y los pueblos. Por su aguerrido pacifismo precisamente, otros nombres, los de Jane Addams y Emily Green Balch, recibieron sendos premios Nobel por la Paz, en 1931 y 1946 respectivamente.

El trazo del idealismo político que el presidente Woodrow Wilson quiso dar a la sociedad internacional posbélica encontró sinergias con las aspiraciones del Comité. Sin embargo, las mieles de estas coincidencias duraron muy poco, ya que en el segundo Congreso (Zurich, 1919) el *Comité internacional de las mujeres para la paz permanente*, luego *Liga*, no pudo sino cursar la denuncia de la falta de sentido común en algunos apartados del tratado de paz. Fue entonces cuando el Comité se trasmutó en *Liga internacional de las mujeres para la paz y la libertad*, instalando su sede en Ginebra. Por entonces el experimento ginebrino de la Sociedad de Naciones causaba sensación y la confianza en su buen hacer nutría las esperanzas de todas aquellas señoras comprometidas

³⁹ Foster, C. *Mujeres en todas las estaciones: La historia de la Liga Internacional de las Mujeres para la Paz y la Libertad*: London, University Press, 1989.

con la paz. El horizonte reivindicativo de paz -dominante durante la guerra- se trasmutó en el de la erradicación de las condiciones de inestabilidad y miseria que eran caldo de cultivo para los conflictos a ellas asociados. La *Liga*, WILPF, adquirió el rango de Estado consultivo (categoría B) con Consejo económico y social de la O.N.U (Comité Económico y Social) a partir de 1948. Sus relaciones consultivas con la UNESCO, la OIT, la FAO o UNICEF se han desarrollado de forma ininterrumpida desde entonces, adaptándose progresivamente a los tiempos y a los nuevos retos.

En aquella Europa de entreguerras y bajo las condiciones del nacionalsocialismo en ascenso, la utopía de una Europa pacífica y unida formaba parte del horizonte cotidiano de muchas mujeres. Así lo observaba con extrañeza Johanna, una chica moderna y liberada al referirse a su madre: “*Mientras terminaba de hablar (Johanna) veía ante ella a su madre, entre las rodillas el violonchelo con el que trabajaba seriamente. Su madre daba conferencias sobre “paneuropa y la mujer” y hacía música de cámara (...). El corazón de Johanna se llenó de compasión*”⁴⁰. Y es que Paneuropa estaba de moda. En Viena, primavera de 1923, el noble caballero Coudenhove–Kalergi, exhortaba a las damas burguesas a unirse a su causa: “*Las mujeres de Europa -decía- se unirán al movimiento para evitar que sus hijos y sus maridos y ellas mismas sean las víctimas de la ambición de aventureros políticos*”⁴¹. Ellas estaban de acuerdo, aunque solo fuera porque las mujeres sabían que en la paz crecía la fortuna y se hacían matrimonios ventajosos. En un contexto en el que primaba la prevención de la guerra, los objetivos específicos género eran insignificantes. El Movimiento Paneuropa no tomaba en consideración el beneficio de una solidaridad entre las mujeres, (damas y obreras), en igual medida que la propuesta de cooperación entre los pueblos de Europa. Con todo, la lucha por el voto en Europa seguía viva y era a ella a la que las mujeres unían su reivindicación de paz. Los movimientos de solidaridad dieron a luz una manera contemporánea de pensar la Nación en términos idealistas y cooperativos. Por la elevación de la masa social frente a la sufrida clase trabajadora de antaño, la nación se hacía carne en el grupo numéricamente dominante, el de los asalariados, pero también presente en los inestables procesos de toma de decisiones del periodo de entreguerras. Y mientras el fascismo en Europa apelaba a la guerra para alcanzar

⁴⁰ Mann, Klaus. K. (1934): *Huída al Norte*. Madrid, Cátedra, 1991, pag. 77

⁴¹ Coudenhove–Kalergi. (1923). *Paneuropa*: Madrid: Ed. Encuentro, 2010, pag. 189.

sus expectativas de un espacio vital, los comunistas culpaban de la guerra al Capitalismo proclamando que era un lastre imperialista que los desfavorecidos soportaban injustamente⁴².

Así que la de los Treinta fue una década en la que jóvenes y mujeres, que ahora estaban en el centro de la acción, tomaban parte de los movimientos de todo signo y también de las iniciativas pacifistas. Una cierta visión holística de la sociedad se dejaba entrever: la imagen de un todo posible, en el que las partes se relacionaban entre sí como piezas de maquinaria para la consecución de un bien común. La dinámica histórica de signo cooperativo perduró con altibajos en el siglo XX y en ella la experiencia fallida del enfoque pacifista -en evidencia por la concatenación de crisis prebélicas ya a partir de 1935. La decepción de la guerra había arrastrado a muchos combatientes al pacifismo pero en cambio algunas antiguas defensoras adoptarían una actitud belicosa fruto del deseo de venganza por la muerte de sus seres queridos. Con todo, el movimiento de las mujeres sobrevivía en su pertinaz fracaso. La veterana pacifista británica Helena Swanwick publicó *The Roots of War* en 1938 y se suicidó al año siguiente, desesperada porque el movimiento no había logrado detener una nueva guerra⁴³. En el invierno de 1939, muchas mujeres y algunos hombres británicos se movilizaron para impedir la guerra, acusando a los dirigentes de desaprovechar las oportunidades para evitarla.

En 1940 las pacifistas estadounidenses solicitaron un esfuerzo nacional en favor del respeto a la objeción de conciencia. La *Selective Training and Service Act* permitía dicha objeción por razones religiosas. En la práctica no se admitían las solicitudes y los jóvenes objetores eran encarcelados en campos. Sus mujeres les acompañaban, solidarias con su causa. Las Chicas Objektoras de Conciencia (*Conscientious Objectors Girls*) se ocupaban de tareas asistenciales entre los más débiles. Para apoyar a los objetores por razones de religión, las mujeres crearon una organización civil, el *Civilian Public Service*, en la que estos chicos podían prestar servicio. Al término de la II Guerra Mundial, muchas mujeres

⁴² Así se expresaba Clara Zetkin en su famoso panfleto *Trabajadores contra la guerra*, 1933.

⁴³ Véase el texto antifascista y feminista de Virginia Woolf, *Tres guineas* (1938). En el libro, los tres enemigos de las mujeres son los hombres, el capitalismo y la guerra. Las mujeres, dice Woolf, no tienen nación, ellas mismas lo son y su país es el mundo. Aboga por el pacifismo *radical*, que incluía la negativa a cuidar heridos de guerra o a manufacturar para ella. En las guerras nacionales, las mujeres deberían considerarse sencillamente *extranjeras*.

salieron a la calle para protestar contra la destrucción producida por el arma nuclear. Este fue el momento del cambio de orientación de los movimientos pacifistas de mujeres en occidente que a partir de ahora se harían mucho más versátiles.

A comienzos de los años cincuenta y con la guerra de Corea en ciernes, las mujeres pacifistas estadounidenses podían ser acusadas de favorecer el comunismo. El *Congres of American Women (CAW)* y la *American Women for Peace (AWP)* desarrollaron su actividad una enorme presión pública y a la sombra del McCarthismo. Las mujeres de la asociación *Catholic Workers*, antimilitaristas, eran investigadas por el FBI y se negaban por ejemplo a tomar parte en los simulacros de ataques nucleares llevados a cabo por el gobierno a mediados de la década. Mientras los ciudadanos corrían hacia los refugios, ellas se sentaban tranquilamente en las aceras, blandiendo los principios bíblicos de justicia y amor universal. Los experimentos con la bomba de hidrógeno (1957) les animaron a continuar en su resistencia pacífica a la violencia. La población blanca que apoyaba lucha antisegregacionista fue nuclearmente femenina (*The Students Nonviolent Coordinating Committee, SNCC*, luego llamado sencillamente *The Movement*).

Acerca de pacifismo generacional de la década de los sesenta mucho se ha escrito. La anarquía no violenta, la liberación femenina de los hábitos tradicionales de la cultura occidental, los movimientos por los derechos civiles afroamericanos, o el rechazo de los jóvenes a las estructuras sociales de la década previa son aspectos conocidos. En los sesenta se incorporó además la lucha contra el despliegue militar de las potencias en el mundo y la proliferación de las armas nucleares. La posición de las mujeres al respecto era aún complicada, ya que muchos jóvenes varones pacifistas eran sin embargo declaradamente antifeministas. Abanderar la causa de Martin Luther King o del cese de la guerra de Vietnam no tenía porqué llevar aparejado el reconocimiento de la igualdad entre los sexos. Esto empujaría a las mujeres a abandonar estos movimientos comunes para crear otros específicamente femeninos. A la organización *Women Strike for Peace* pertenecían en 1961 50.000 mujeres estadounidenses que en el mes de noviembre salieron de casa o abandonaron sus puestos de trabajo en señal de rechazo al militarismo y la proliferación nuclear. El crecimiento internacional del complejo armamentístico era alarmante. Las jóvenes universitarias al teorizar sobre el asunto asociarían el tradicional dominio

masculino con el fomento moderno de las armas en el concepto del patriarcado, que a su juicio describía la violencia históricamente institucionalizada sobre las mujeres.

A partir de los años setenta se observa la convivencia de experiencias históricas opuestas. De un lado, hubo movilizaciones de las mujeres que defendía la paz oponiéndose sin violencia a los regímenes dictatoriales, De otro, grupos importantes de mujeres se situaban a favor del estado de cosas reinante, para así conjurar el peligro de cualquier foma de desorden. Esta fue la situación en Chile (1973-1983), donde Pinochet contó con el apoyo eficiente de ciertos sectores de mujeres para quienes se lograba evitando criticar al régimen y aceptando el orden impuesto. Como fuere, ya en aquella década era obvio que la búsqueda de la paz no tenía por qué suponer la opción de una actitud pasiva. La resistencia pacífica –al estilo de las pioneras sufragistas británicas, o de la desobediencia civil en la India pre independiente- fue sin duda una de las cualidades más destacadas de los movimientos en aquellos años. Sin embargo, en los países sometidos a los conflictos derivados de las descolonizaciones o de la postguerra fría en el último tercio del siglo XX, las mujeres no siempre vieron adecuado ceñirse a los métodos del pacifismo inventados por sus correligionarias occidentales. Las condiciones reales de muchas mujeres en los antiguamente llamados países del Tercer Mundo, movieron a miles de ellas a sumarse a formas de lucha menos apacibles, por ejemplo en las filas de la oposición paramilitar a los gobiernos de turno, lugares donde no obstante seguirían siendo ciudadanas de segundo orden. En estos contextos de liberación nacional los movimientos de mujeres quedaron diluidos en organizaciones más amplias en pro de las luchas sociales.

La década de los años ochenta en el siglo XX fue especialmente activa. Independientes aún o insertos en movimientos más amplios por la paz, los movimientos de mujeres renovados se sostenían en la fuerte convicción de los objetivos, y el ejercicio constante de los métodos empleados⁴⁴. En esta década se desarrolló con éxito el *ecofeminismo*, convergencia entre feminismo, ecología y pacifismo. Las enseñanzas de aquellos años fueron –a juicio de las pacifistas- útiles en los noventa, si bien algunos autores señalarían cierta rebaja del activismo pacifista en general durante los últimos años

⁴⁴ Hilikka, Pietila, "Women's Peace Movement as an Innovative Proponent of the Peace Movement as a Whole," en *II Interdisciplinary Congress on Women: Groningen*, 1984.

del siglo⁴⁵. En el norte de Europa, las *Scandinavian Women for Peace* llegarían a conseguir medio millón de firmas para su causa. En 1980 la *Women's Pentagon Action* llevó a miles de mujeres a construir una cadena humana que rodeó la instalación del Pentágono con el fin de detener el así calificado abuso de la política militar de los Estados Unidos en el mundo. Mientras tanto, la poderosa organización *NOW, National Organization for Women* saludada vivamente el acceso de las mujeres a los ejércitos estadounidenses, viendo en la carrera militar una vía de igualación en derechos con los hombres. También en 1980 en Europa se daban acontecimientos al respecto. En Copenhague, se celebraba la *Conferencia Mundial de la Década Internacional de las Mujeres*. En Greenham Common, base aérea de la RAF (septiembre de 1981, Inglaterra) las acciones de mujeres en pro de la paz movilizaron a miles de ellas para protestar por las políticas que ellas entendían hacían verosímil una guerra nuclear. El campamento internacional de mujeres destinado a entorpecer las maniobras de las fuerzas aéreas británicas y estadounidenses en Greenham Common estuvo diecinueve años en pie, durante los cuales captó la creciente simpatía de la opinión pública. Los misiles crucero serían retirados de Greenham Common a comienzos de la década de los noventa, en parte por el fin de la Guerra Fría, pero también gracias a que la persistencia de mujeres consiguió ganar la batalla en el parlamento. Este fue un caso relevante en la transmisión publicística de la cultura de paz y no violencia que aparece recogido en los estudios al respecto⁴⁶. Los colectivos de mujeres asistirían además a comienzos de los ochenta a las Convenciones del END, por una Europa sin Armas Nucleares (*European Nuclear Disarmament*) celebradas en Berlín, 1983, y Perugia, 1984. Este mismo año en Zaragoza⁴⁷ las españolas, Mujeres del Colectivo por la Paz y el Desarme, organizaron en la ciudad un Campamento por la Paz, al estilo Greenhams Commons.

Más activismo en medio de conflictos. En julio de 1991 por ejemplo una sesión del parlamento en Belgrado fue interrumpida por cientos de padres y madres que lanzaban un llamamiento a la sociedad civil para hacer frente a la guerra: en octubre se formó un comité de mujeres en Montenegro para protestar por la guerra y las matanzas. En esa década –y

⁴⁵ Opinión contraria sostiene Ajanjiz, Rafael: “Movimiento pacifista: una crisis que no es tal”. En Grau, Elena, Ibarra, Pedro (coords). *Anuario de movimientos sociales. Una mirada sobre la red*: Barcelona, Icaria, 2000, págs.165-183.

⁴⁶ Adams, Judith. *Peacework: Oral Histories of Women Peace Activists*: Boston, Twayne Publishers, Boston, 1991.

⁴⁷ Entre las múltiples iniciativas del movimiento de Zaragoza, reseño aquí la revista *En pie de paz*.

con Tiananmen, 1994, como icono de la resistencia pacífica a la violencia gubernamental- el colectivo o red por la paz, conocido como *Mujeres de Negro*, que había nacido del vínculo entre mujeres israelíes y palestinas y con el apoyo de las mujeres de Europa, se extendió a los Balcanes; en el 2000, llegaría a Colombia. La red *Women's Network Angola* fue concebida para trabajar en el cambio de los hábitos bélicos del país y en su reconstrucción. En 1997, *Mujeres por la Paz de Nepal* y, en Burundi, mujeres hutus y tutsis trabajarían juntas por la convivencia y en las negociaciones de paz en Arusha, Tanzania. El listado de experiencias pacifistas de mujeres en las últimas décadas es amplio.

A modo de conclusión

Pese a todo lo indicado en perspectiva histórica, se plantean dudas por lo que hace a la supuesta relación intrínseca entre las mujeres y la paz. De entrada, cabría preguntarse la razón de que –históricamente- hayan sido los hijos de las mujeres, supuestamente educados por ellas en la no violencia, los impulsores de hazañas bélicas particularmente sangrientas. O de otro modo, hay que indagar a propósito de en qué momento y por qué las mujeres decidirían ponerse al servicio de la transmisión de las culturas de la violencia y la guerra, enseñando a los niños valores asociados a la destrucción. En la historia contemporánea está perfectamente documentado el fenómeno de la cultura materna del sacrificio de los hijos en las guerras, los discursos de la identificación de la patria con la madre y viceversa⁴⁸. Igualmente, no cabe dudar de la existencia de mujeres que instigan las maquinarias de la guerra. El afán por ver reinar al hijo o el jingoísmo de las naciones de Europa nutrió este plantel de figuras maternas o femeninas sin más anhelantes de guerra, haciendo de los nacionalismos el marco de unos comportamientos violentos en las mujeres que los historiadores no acaban de ver naturales, sino como anomalía. La historia de la relación de las mujeres contemporáneas en la guerra y la paz está aún en mantillas. En ella las casuísticas locales se unen a los perfiles internacionales.

La cuestión de la relación ética de las mujeres, la guerra y la paz, es otro tema de gran recorrido para los historiadores. Al frente de los histerismos nacionales –el histerismo era un término que los médicos usaban frecuentemente al referirse a males considerados

⁴⁸ Huguet, Montserrat. “Heroínas de andar por casa”, en *Historias rebeldes de mujeres burguesas*: Madrid, Biblioteca Nueva, 2010, cap. 1. págs.29-43.

específicamente femeninos- que preludian las guerras estarían las mujeres, enloquecidas y más radicales si cabe que los varones en la exigencia de ¡nación, nación, y más nación! Considérese la potencia que aún tiene este estereotipo. Con todo, faltan estudios en profundidad acerca del vínculo de las mujeres con los nacionalismos particulares, sean estos fenómenos exacerbados o moderados. En algunos países las mujeres han sido vistas, y así lo creerían ellas, como meras productoras de jóvenes patriotas, máquinas de trabajo reproductivo para el estado o la nación. Como para casi todo, nos sirve el modelo del nacionalsocialismo alemán, aunque no sea el único. Pero las preguntas que siguen sin hacerse son: ¿qué tipo de mujer enseña a sus hijos a amar a la patria por encima de la vida humana, la suya sin ir más lejos? ¿Qué razones íntimas han tenido, en cada caso, para contribuir al sacrificio de los hijos en honor a un conjunto de valores abstractos? Quizá convenga en ir dando por irresoluble el problema, en la certeza de que es forzoso abandonar el empeño en definir a las mujeres según *tipologías*. No obstante puede ser que las razones del vínculo entre las madres y la violencia bélica, tal vez no pertinentes para el caso occidental, sean aún adecuadas en referencia a mujeres de países de otros conjuntos geopolíticos, en regiones como Irán, Israel, Pakistán o Armenia. Así, y pese a la mítica glorificación de la no violencia, cabe concluir que no son desdeñables los momentos históricos en los que las mujeres han considerado que una causa abstracta –al margen de la natural defensa de los pueblos cuando son directamente agredidos– merecía el coste la vida de sus hijos. Derrotada la Alemania nacionalsocialista, en 1945 una madre pertinaz en la causa del pueblo ario, la Sra Schnier –esposa de un magnate del lignito– envía a su hija de dieciséis años, Henriette, a un campamento juvenil (DCA) en Bonn para formarse en la resistencia a la ocupación de los *judíos yankees*. Henriette no volvería “(...) y no sabemos dónde está enterrada. Alguien que vino a vernos al terminar la guerra nos informó que había “caído en Leverkusen”. Murió en la ignorancia absoluta de la función patriótica que la madre había adjudicado a su vida⁴⁹ .

Finalmente y en compensación, es obligado señalar que la vocación moderna de las mujeres occidentales por su incorporación a las fuerzas armadas, y recientemente a los puestos de combate, suele llevar aparejada la creencia de que su presencia militar en las guerras

⁴⁹ Véase esta ficción, en la obra de Böhl, Enrich. *Confesiones de un payaso* (1963). Barcelona, Seix Barral, 1972. Págs. 23-25.

humaniza y suaviza los embates bélicos y favorece las estructuras de la paz⁵⁰. Siendo ello verosímil, no puede olvidarse sin embargo que, habida cuenta de las peculiares características de las guerras actuales en las que participan las mujeres militares de ejércitos occidentales, no queda mucho margen para comparar su margen de ferocidad con la de hombres cuando ellos luchaban sobre todo cuerpo a cuerpo. Por otra parte, muchas chicas de África y América Latina sirven, con escaso margen de voluntad, en tropas paramilitares mostrando día a día todo lo que un adiestramiento sistemático es capaz de lograr en términos de violencia, sea su ejecutor hombre o mujer, adulto o niño.

9 de marzo de 2012

⁵⁰ En septiembre de 2010 tuvo lugar la *Conferencia de Participación de las Mujeres en los Procesos de Paz* en Bruselas. Este evento fue coorganizado por la Presidencia belga y las Naciones Unidas con ocasión del décimo aniversario de la adopción de la Resolución del Consejo de Naciones Unidas 1325 sobre Mujer, Paz y Seguridad.